

Agua y luz

Gea Gattigo, voluntaria AMCA

He pasado más de un mes en la Casa Materna de Quilalí y puedo considerarlo, además de un periodo de voluntariado, una verdadera experiencia de vida. Recuerdo que el día de la salida de Managua estaba asustada; me asustaba el viaje de más de 7 horas en autobús y no saber qué me iba a encontrar en ese pequeño pueblo del norte de Nicaragua.

Me recibió Doña Odilia, la encargada de la Casa Materna y una persona exquisita, que me hizo sentir como en casa enseguida. Cuando llegué, había unas 15 chicas alojadas en la casa, pero las habitaciones podían albergar hasta 30. El centro acoge a chicas embarazadas de todas las edades que necesitan supervisión médica y de enfermería durante el embarazo o después del parto (natural o por cesárea). Recuerdo que al principio me asombraba cada vez que preguntaba la edad de las chicas; la más joven acababa de cumplir 14 años y mis coetáneas estaban embarazadas de su tercer o cuarto hijo. Del mismo modo, veía su asombro cuando les respondía que yo, con casi 30 años, aún no tenía hijos.

Las tareas de enfermería durante el día incluían la toma de constantes vitales, controles obstétricos, curas de heridas quirúrgicas por cesárea y charlas de sensibilización para educar a las chicas en temas como: cómo comportarse durante el embarazo y sus señales de alarma, métodos anticonceptivos después del parto, cuidados del recién nacido, etapas del puerperio...

Yaniris, la fantástica enfermera con la que trabajé, siempre respondía a todas mis preguntas y a menudo me contaba historias y anécdotas de la cultura nicaragüense relacionadas con el embarazo o la vida en pareja. Algunas me parecían tan absurdas que no parecían reales: niñas que daban a luz en casa solas o ayudadas por sus madres, niñas que se negaban a utilizar métodos anticonceptivos o a esterilizarse porque existe la creencia por parte de sus maridos de que sus mujeres tendrán luego relaciones con otros hombres, o la sensibilización de las madres para que no utilicen plantas medicinales con sus recién nacidos cuando están enfermos porque algunas podrían ser tóxicas.

Mi habitación estaba dentro de la casa, así que vivía en estrecho contacto con las chicas que se alojaban allí. Por sus miradas, sentían curiosidad por saber qué hacía allí, pero muchas eran demasiado tímidas para preguntarme. A veces me costaba entenderlas cuando hablaban porque en el norte de Nicaragua hablan el Miskito (una lengua indígena), pero siempre conseguíamos encontrar un medio alternativo de comunicación, el principal era la sonrisa. Con el tiempo, cuando Yaniris no estaba, me despertaban por la noche para llamar a la ambulancia si una de ellas empezaba a tener contracciones uterinas o cualquier otro problema. Sin duda era una gran responsabilidad, pero yo estaba encantada porque me habían tomado como punto de referencia.

Viviendo con ellas aprendí a vivir como ellas; lavaba la ropa a mano, comía su comida (dos de cada tres comidas eran arroz y frijoles) y me duchaba con cubos de agua fría. También estuvimos varias veces sin electricidad ni agua durante más de 20 horas y fue en esos momentos cuando me di cuenta de lo importantes que son "el agua y la luz" y de lo poco que nos damos cuenta de ello.

En conclusión, puedo decir que viví la parte rural de Nicaragua y tuve la oportunidad de tener una maravillosa experiencia de vida y un gran reto personal que recomendaría a todos los futuros voluntarios. Nunca dejaré de agradecer a la asociación AMCA por todo esto.

